



INTRODUCCIÓN

JM: ¿Podrías proporcionarme una cita para un ensayo que reivindica el error?

ChatGPT: Aquí te proporciono una cita que podrías utilizar en un ensayo que reivindica el error: «El error es el padre de la verdad; muchas veces, la gente que nunca ha errado nunca ha encontrado la verdad» – Rabindranath Tagore.

Este libro versa sobre un tema mil veces constatable pero elusivo en más de un sentido: el error. Elusivo porque, o tratamos de esconderlo cuando se produce, o, por el contrario, lo magnificamos hasta la demonización, apartándolo de nosotros. Esquivo porque rechaza cualquier categorización, por muy exhaustiva que esta se pretenda. Hay errores de concepto, errores de cálculo, errores de previsión, errores perceptivos. Afecta o puede afectar (el error) por ello mismo tanto a los dominios de la ciencia y la filosofía como a los menos abstractos del deporte o la gastronomía. El error no conoce fronteras, se propaga desde las disciplinas más especializadas hasta el vasto universo de lo cotidiano. El yerro es tan antiguo como el hombre. La historia de la humanidad (y, posiblemente, también la personal) podría compendiarse a través del catálogo de sus errores.

No sabemos que nos equivocamos en el momento en el que incurrimos en un error. Es el paso del tiempo el que nos descubre el acto o el pensamiento fallido. El acto errado puede ser tan placentero

como el que da en el clavo. No rechazamos casi nunca el error, sino sus consecuencias. No hay nada malo en el error, sino en su representación; no en la sensación que aportan los sentidos, sino en el posterior juicio que hacemos de ella, en el contraste de aquella con ese ideal que sanciona la verdad. Ese ideal puede provenir de la costumbre, de la ciencia o de la moral. El error supone sacar los pies de esos tiestos bien aposentados. Es por este motivo que siempre o casi siempre tratamos de evitarlo, porque el error nos descubre excéntricos, desorientados, fuera del quicio de la ortodoxia. Resulta, por tanto, arriesgada toda apología del error. De hecho, toda defensa del error, si pretende ser consecuente, ha de resultar fallida. Sin embargo, hay errores, estamos convencidos de ello, en los que merece la pena incurrir. Porque, a pesar de lo que el espíritu de los tiempos pretenda infundirnos, sobreviven parcelas (de percepción, de conocimiento) no exhaustas, círculos alejados del objetivo de la diana todavía por explorar y que ameritan ese lanzamiento dislocado de dardo en el que a veces se convierte el gesto o el pensamiento. A eso aspiramos en las páginas de este ensayo.

Existen sin duda estrategias para errar. El error también posee su disciplina. Errar es cometer un error, pero también vagar de una parte a otra: divagar. Errar (en el sentido de moverse sin un destino determinado) y error comparten una misma etimología. Ambos provienen de la raíz indoeuropea *ers-*, asociada a aquello que está en movimiento. En efecto, la errancia (física y psicológica) constituye un modo de transitar el espacio y el pensamiento siguiendo caminos fuera del orden establecido. Errar tiene que ver, por tanto, con la evitación (por omisión consciente o inconsciente) de un objetivo, de un fin. Puede decirse que, si no en todas, en buena parte de las páginas que siguen el destino será asimilable a un des(a)tinio. La deriva es una buena estrategia para errar (e incurrir en el yerro), y el azar, sin duda, es una de sus herramientas más ajustadas.

Argumentaremos por múltiples vías, contra aquellos que querían extirparlo como una excrecencia de la realidad, que el error resulta insoslayable. El error no es asunto cosmético, sino más bien cosmológico. El error es el síntoma a escala humana de esa enfermedad incurable del universo (enfermedad si se mira con los ojos de eso que en adelante denominaremos *homo calculator*) que los filósofos

llaman contingencia. En efecto, contingente es aquello que no es ni imposible ni necesario. Nos movemos dentro del terreno de lo posible, pero de un posible (veremos) que escapa al cálculo de probabilidades y, por tanto, al espíritu totalitario de lo computable.

El azar es la súbita alineación de nuestro deseo y voluntad con las circunstancias, con el estado de las cosas, o todo lo contrario. El hecho azaroso puede traer buena o mala suerte. El azar posee, como el *pharmakon* griego, la doble faz de cura o veneno. La lengua inglesa otorga al vocablo *hazard* una doble acepción: la de azar, pero también la de daño o peligro. Ese golpe con tino (en sentido activo o pasivo) es el que está en la etimología de *tyche*¹, la palabra que los griegos usaban para designar el azar. También encontramos ese acuerdo o desacuerdo entre el empeño individual y el mundo circundante en la etimología árabe del castellano *azar*. De nuevo nos encontramos con el des(a)tino de la etimología, en este caso referido a azar y azahar. En efecto, el *azar* era un juego que consistía en tirar un dado en una de cuyas caras (la que marcaba el triunfo) venía dibujada una flor de azahar. Ser bendecido o maldecido por el azar es beneficiarse de ese golpe o padecerlo. Acertar o fallar serían las categorías activas de esa súbita interacción. Ser beneficiario o deficitario podrían ser las equivalencias pasivas de lo anterior. El error sería, por tanto, pura falencia, desatino. *Hamartia*, para decirlo con los griegos. Se yerra porque no se acierta en el objetivo. Errar a sabiendas nos convierte en seres voluntariamente desviados. ¿Cómo llamaremos a quien yerra con intención, a quien violenta la eficiencia o las leyes del cálculo, a quien yerra el tiro y salva así la vida al enemigo? Nuestro idioma carece de sustantivo para tan fantástico sujeto.

Si cada acto es un golpe de suerte, entonces las opciones se resumen en golpear o ser golpeado. Todo depende quizá de la perspectiva, del sistema de referencia con el que nos asomamos y medimos el acontecimiento. La atribución del golpe de suerte dependerá del

¹ *Tyche* proviene del verbo *tynchano*, cuyo significado es golpear un objeto, alcanzar, obtener, adquirir, disfrutar. En concreto, en la *Iliada*, el verbo *tynchano* se usa paradigmáticamente para expresar el encuentro de un arma con el cuerpo del enemigo. *Hamartano* (errar, fallar el tiro) sería el verbo antónimo de *tynchano*.

caso, pero también del modo en el que entendamos eso que, con renovada vocación realista, llamaremos el-mundo-de-ahí-afuera. En una cosmovisión como la de la Grecia arcaica, en la que el destino está en mano de los dioses y es tejido por las Parcas, el hombre carece de margen de libertad para atribuirse el acierto (o el fallo) de una acción. Zeus reparte los bienes y los males tomándolos de sendos toneles que franquean la entrada de su palacio, y al hombre corresponde disfrutar o lamentar esos dones divinos. Queda claro que el error o fallo habrá de ser ese desacuerdo entre la intención y el resultado de la acción. El error es siempre un des(a)tino. Y, para ello, la condición necesaria será que tras la acción acometida resida una intención. El error será el fallo de una acción télica, es decir, el desacuerdo entre nuestro acto y el-mundo-de-ahí-afuera cuando dicho acto viene animado por una intención, por un fin. Nadie podrá acusarnos de errar si no nos toca la lotería, pero sí en el caso de que no acertemos a la diana en un lanzamiento de tiro con arco.

Toda intrusión repentina de la exterioridad invoca, por tanto, al azar.

Veremos en las páginas que siguen que la némesis del azar no es el capitalismo sino la técnica, o al menos una de las maneras en las que dicha técnica se concibe y manifiesta. El capitalismo, de hecho, resulta un inveterado aliado del azar. Si hay un sistema económico que desde su origen se ha dejado conducir por los vientos imprevistos del azar este es el capitalista. Hablamos de la bolsa, de los miles de millones de operaciones de compraventa (casi todas guiadas por algoritmos de *trading*), pero también de su capacidad de explorar los márgenes para apropiárselos, su voluntad de deriva más propia de un pirata o de un cazador de tesoros que de ese icono de *stencil* que es el burgués provisto de frac y puro. Los verdaderos capitalistas son seres aventureros, hombres y mujeres que se confían a la suerte (aunque a menudo jueguen con cartas trucadas). El capitalismo como una ruleta (de casino o rusa) resulta una analogía poco original pero no por ello menos certera. Aliada durante un tiempo con él, trabajando juntos por el despliegue de lo posible, es la técnica, conforme se ha ido desarrollando (de manera acelerada) a lo largo de los dos últimos siglos, la que corre el peligro de convertir el capitalismo en un sistema inviable, de dejarlo atrás definitivamente y abocarlo a su crisis defini-

tiva. La técnica (su voluntad de uniformización y control) llevada al extremo es la única fuerza capaz de detener el corazón (antaño rozagante) del capitalismo-azar, de eso que se da en llamar capitalismo disruptivo; y ello, veremos, debido a que dicho sistema de control vinculado a un exceso de cálculo genera movimientos de resistencia con consecuencias sociales y políticas. No son precisamente (en contra de lo previsto) los aceleracionismos de izquierda los beneficiarios de este hiperdesarrollo tecnológico sino más bien su contraparte nostálgica, que reviste el pasado con los tintes míticos de lo auténtico.

El oráculo de Apolo en Delfos representaba la intrusión de la contingencia en la política de las ciudades-Estado helenas, del mismo modo que las criptomonedas o la bolsa de valores encarnan en buena medida la contingencia económica en nuestro mundo contemporáneo. Tanto el oráculo como la bolsa quedan fuera de las nociones de razón o probabilidad, ajenos ambos a la lógica y al cálculo. Ese núcleo de irracionalidad funciona como un corazón que bombea oleadas de contingencia a las ciudades griegas y al capitalismo, respectivamente. Pero, centrándonos en el tiempo presente, ese motor de contingencia conformado por los algoritmos de *trading* convive con un ímpetu de control exhaustivo, de previsión absoluta, con un cómputo totalitario a cargo de esos mismos algoritmos. Tal vez siempre ha sido así, aunque los modos en los que la contingencia y la razón se manifiestan e interpenetran sean distintos a lo largo de la historia. Corresponde pensar cómo lo hacen en el momento presente. Podríamos especular con la posibilidad de que la coraza tecnológica acabe estrangulando la contingencia encarnada en el arte o (más importante) en el modo en que se desenvuelve la existencia de las cosas, incluidos nosotros mismos. Lo que no queda claro es el paisaje que nos aguarda tras ese colapso. Podríamos figurarlo como un mundo de control (y de evasión) absoluto, donde se ha extirpado el acaso y donde la elección libre constituyese un riesgo inasumible, una excentricidad o un acto punible; o todo lo contrario, un mundo en el que lo imprevisible y lo arbitrario se conviertan en una especie de religión, en la única vía de escape ante el hipercontrol de cuerpos y conciencias.

Así vemos que lo que pueden tener en común un espectáculo deportivo, la obra de un artista, una tirada de dados o la cotización bur-

sátíl es su capacidad para hacer surgir la contingencia, un magma que renueva la coraza de lo cotidiano. «Aión es un niño jugando a chaquete, ¿de un niño es el reino!», citamos a propósito el conocido aforismo de Heráclito, el filósofo del flujo y de la subitaneidad del rayo.

La tesis que defenderemos aquí es que nuestra contemporaneidad (modelada por la técnica) se esfuerza denodadamente por estorbar la comparecencia del acaso en sus múltiples formas: la del azar, la de la ambigüedad, la de la sinrazón, la de la insignificancia o la del error; un intento inevitablemente condenado al fracaso. Resulta imposible no hacer una lectura psicológica, sociológica, pero también política, de todo esto que decimos. Este azar reprimido, como el inconsciente freudiano, se manifiesta a través de síntomas que pueden causar desconcierto y estupor.

Dedicaremos los primeros capítulos de este libro a detallar una genealogía (ontológica, pero también antropológica) de la contingencia, es decir, de «la razón de la sinrazón», usando la expresión quijotesca. Más adelante, detallaremos cómo la aparente clausura que impone lo computacional se ve frustrada por otro tipo de azar que surge de esos mismos mecanismos tecnológicos. Se trata de un caos emergente, un epifenómeno de los propios procesos que tratan de opacarlo. Lo que daremos en llamar el-mundo-de-ahí-afuera no puede ser extirpado sin resto, sino que insurge en el sistema de control del acontecimiento.

El sociólogo Hartmut Rosa defiende que cierta indisponibilidad resulta recomendable. En efecto, frente al abuso de lo actual sobre la potencia (sobre lo posible), se hace necesario mantener espacios de indisposición. Hablamos de reservas que tienen que ver con la intimidad, con lugares y pensamientos privativos, refractarios, por tanto, a la ideología comunicacional de la transparencia. Pero, como ya advertimos, dichos espacios no solo han de ser cultivados, sino que brotan espontáneamente de las estrategias que pretenden aniquilarlos, como el hígado de Prometeo renacía tras el festín del buitre enviado por Zeus para devorar las entrañas del titán. Siempre habrá un afuera inasequible, una insurgencia azarosa incontrolable, un ámbito indisponible.

El accidente, sin duda, también posee su belleza.